

XAVIER ZUBIRI EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO HISPANICO *

Al término de su conferencia «Hegel y el problema metafísico», recuerda y glosa Xavier Zubiri dos textos de Aristóteles: una sugestiva metáfora y un curioso apunte antropológico. El hombre, dice esa metáfora, es la verdadera luz de las cosas; lo que las cosas son, lo son a la luz de la existencia humana. La filosofía, enseña el apunte antropológico, nace de la melancolía; de una melancolía hígida, no morbosa, *katà phýsin*, no *katà nóson*, en la cual el hombre, porque se siente radicalmente solo, esto es, segregado de la totalidad del universo, siente su humana necesidad y su humana capacidad de estar entera y radicalmente acompañado: acompañado por la totalidad de lo que hay, en tanto que le falta. Y pasando tácitamente por su propia experiencia de filósofo, de hombre que filosóficamente se sabe luz del ser de las cosas, y sabe filosóficamente lo que es buscar la compañía de lo que hay, y lo que es esa compañía, el comentarista termina su reflexión poniendo al lector ante uno de los más centrales problemas de nuestra vida nacional: la situación de nuestro país en la historia del pensamiento filosófico. «Esperemos que España, país de luz y melancolía —escribe—, se decida alguna vez a elevarse a conceptos metafísicos.» Desde este particular punto de vista —la historia del pensamiento español— quiero examinar hoy la significación de la obra intelectual de Xavier Zubiri.

Con el compromiso de exponer acto seguido las razones de mi aserto, comenzaré enunciando concisamente lo que podría ser, más aún, lo que debe ser la conclusión de este breve estudio. Diré, pues, que a los casi cincuenta años de haber sido escritas las palabras precedentes,

* Conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Universidad de Deusto con motivo de la investidura de X. Zubiri como Dr. H. c. en Teología, el día 1 de octubre de 1981, por dicha Universidad.

la obra intelectual de Xavier Zubiri es la de un español que resueltamente ha querido y ha sabido elevarse a conceptos metafísicos. Con él, la luz y la melancolía de España han dado de sí aquello a que expresamente aspiraba la tenue esperanza que alberga el texto transcrito.

Líbreme Dios de diseñar ahora, ni siquiera en apretada sinopsis, la historia del pensamiento filosófico español. Más precisamente, la sucesiva, a veces dramática aventura con que una minoría de españoles, siempre en tensión más o menos patente con una sociedad que sólo como avisada resignación o como *praemeditatio mortis* sabe entender el término «filosofía», ha ido creando algo a lo cual pudiera con razón llamarse pensamiento filosófico. ¿Por qué ha sido tan exigua la minoría de los españoles filosofantes? ¿Por qué esa habitual actitud anímica de la sociedad tradicional española ante la especulación filosófica y la investigación científica? En mi opinión, sólo desde la visión de la historia de España que propuso A. Castro puede darse respuesta satisfactoria a esas interrogaciones, y sólo ella nos permite entender históricamente que a partir de la europeización de algunas mentes españolas, parcial o pintoresca en el siglo XIX (Balmes, Lloréns y Barba, Sanz del Río), polémica, pero real, a comienzos del siglo XX (Miguel de Unamuno), cada vez más amplia y consciente a lo largo de este siglo (Izquierdo, Serra Hunter, Ors, Zaragüeta, Ortega, Xirau), surgiese dentro de la sociedad española, y sin que en el cuerpo de ésta se hubiesen extinguido los hábitos mentales de nuestra tradición, una filosofía que no fuese, como desde el siglo XVII era tópico, mera repetición de las consabidas fórmulas escolásticas.

En el seno de esa minoría española ya responsablemente europeizada, y luego en la entraña de la misma Europa, recuérdese lo que su formación intelectual ha sido desde 1915 hasta 1939, Xavier Zubiri ha vivido la solitaria melancolía del filósofo —más a la llana: ha sentido nacer su vocación intelectual— y, para salir de la soledad hacia la compañía, año tras año ha librado, muchas veces en silencio, esa «gigantomaquia en torno a la esencia» que para Platón (*Soph*, 246 a) es el nervio del quehacer filosófico. Se trata ahora, no de exponer telegráficamente el contenido de la respuesta de Zubiri a tal requerimiento, sino de mostrar con algún rigor y cierto orden el conjunto de las notas que en el pensamiento filosófico español y en el de todo el Occidente hacen tan singular y eminente esa respuesta suya. Para lo cual, y puesto que de «notas» hablo, séanme permitidas dos osadías: trasladar analógicamente al análisis de una obra humana —en este caso, la obra filosófica de Zubiri— la distinción entre «notas constitucionales» y «notas esenciales» que para la recta intelección de la

realidad de las cosas establece el propio Zubiri; y, a continuación, señalar en dicha obra cuáles son las notas meramente constitucionales y cuáles las notas constitutivas o esenciales.

A mi modo de ver, las más destacadas notas constitucionales de la obra filosófica de Zubiri son tres: la autenticidad, la integridad y la precisión.

Llamo en este caso autenticidad al hábito mental de hacer filosofía en la línea de lo que, según el sentido más fuerte del término, desde Heráclito y Parménides la filosofía viene siendo: un saber —o una pretensión de saber— acerca de lo que en sí misma es la realidad en general o en sí mismos son los diversos campos o modos de ser en que la realidad se nos ofrece, el hombre, el cosmos, la vida, el espacio, el tiempo, la historia. A lo largo de unas décadas en que la filosofía se ha limitado al análisis del conocimiento lógico, o se ha resistido a trascender la crítica, o no ha pasado de glosar a Hegel o a Marx, o se ha convertido en mero ensayo antropológico o estructuralista, Zubiri, sin la menor concesión a la especulación puramente formal, al contrario, sin cesar apoyado en la experiencia directa y científica de la realidad, constantemente ha querido que su reflexión acerca de ésta fuese ante todo *prima philosophia*, metafísica. No afirmo yo, claro está, que Zubiri sea hoy el único filósofo en cuyo pensamiento perdure el cultivo metafísico de la filosofía; pero sí debo decir que, para mí, ningún filósofo actual hace metafísica de modo tan riguroso y eminente. Con otras palabras: que su obra filosófica es, a mi juicio, la que de más evidente manera posee hoy esa nota que acabo de llamar autenticidad. Lo cual, creo yo, otorga al autor de esa obra un puesto muy singular en la historia de la actual filosofía y, *a fortiori*, en la historia del pensamiento español. Desde Suárez, ¿ha habido entre nosotros un pensador que más resuelta y metódicamente haya buscado la autenticidad metafísica en el cultivo de la filosofía?

Integridad, dice nuestro diccionario oficial, es la calidad de aquello a lo cual no falta ninguna de sus partes; definición que no quedaría completa sin advertir que las partes de una cosa pueden pertenecer a su estructura figurativa, como el astro es parte de la figura del universo, y a su estructura constitucional, como la ley de Hubble lo es de la dinámica, y por tanto de la constitución efectiva del cosmos. Cómo se nos aparece la diversidad de una cosa compleja en las partes que la forman, cómo esa diversidad se constituye por partes desde la unidad radical de la cosa misma, cómo las partes visibles conducen a la unidad de que proceden y arraigan en ella; tales son los aspectos

cardinales de la integridad de una cosa. Pues bien: trasladando analógicamente a las obras la distinción que respecto de las cosas acabo de hacer, el más miope de los ojos advertirá que según esas dos líneas de la integridad es íntegra la filosofía de Zubiri. Lo es porque desde los más diversos campos y modos en que a la inteligencia humana se muestra la realidad —la matemática, la física teórica, la astrofísica y la física atómica, la biología, la psicología, la sociología, la lingüística, la historia, la vida religiosa— se ha movido su mente para dar razón filosófica del dominio de la realidad a que cada uno concierne, y de la realidad misma: integridad en la línea de la estructura figurativa. Lo es asimismo porque apenas hay un campo o un modo de la realidad —hasta a la propia de los entes de ficción ha llegado la reflexión metafísica de Zubiri— en el que no hayan quedado patentes las partes y las vías de su respectivo arraigo en la básica unidad de lo real: integridad en la línea de la estructura constitucional. Poniendo unos junto a otros los libros, los cursos y los manuscritos de Zubiri, dígase si en la filosofía actual y en toda la historia del pensamiento español hay una obra personal en que, así entendida, sea la integridad tan vigorosa y tan patente.

Y con la autenticidad y la integridad, la precisión. «O se hace literatura, o se hace precisión, o se halla uno», reza una exigente sentencia del Ortega joven; y yo me pregunto si entre nosotros ha habido jamás un locuente que pudiera acogerse a ese dilemático fuero de la precisión con tanto derecho como un pensador en que originalmente se actualizan los modos expresivos de Aristóteles, Tomás de Aquino, Spinoza, Kant y Heidegger. La cristalina precisión del lenguaje filosófico de Zubiri no llega hasta la despiadada exclusión de todo patetismo, y bien lo saben quienes hayan oído con la adecuada sensibilidad los párrafos finales de tantas de sus lecciones, o con ojo avizor hayan leído algunas de sus líneas impresas. Como Descartes a la princesa Isabel, también él podría escribir: «No soy de esos filósofos crueles que quieren que el sabio sea insensible.» Tan acendrada voluntad de precisión —ese permanente hábito de decir con un mínimo de palabras máximamente expresivas y pulcramente ordenadas todo y sólo lo que tiene que decirse— no le prohíbe, por otra parte, la ocasional apelación retórica al viejo recurso de la metáfora. Pero en tanto que filósofo, siempre procurará Zubiri que la *raison du coeur* sea expresada como *battement du cerveau*, y siempre preferirá el rigor del concepto y la evidencia del ejemplo, éste, de ordinario, de carácter severamente científico, al aura sugestiva que la metáfora ofrece a veces a la mente del hombre.

Las notas meramente constitucionales, enseña Zubiri, son fundadas, tienen su fundamento en otras más radicalmente situadas en la realidad de la cosa a que pertenecen. El albinismo, por ejemplo, es una nota que pertenece a la constitución del individuo albino; pero lo es fundándose en otra más radical, una determinada estructura génica y molecular. Pues bien: entre las notas constitucionales, hay algunas que en el estado actual de nuestros conocimientos se nos muestran como infundadas, en cuanto que no parecen derivar de otras, y como fundantes, en cuanto que a otras dan fundamento. Además de constitucionales, tales notas son constitutivas o esenciales, porque ellas son las que determinan la estructura entera del sistema constitucional. Tras haber descrito las notas meramente constitucionales de la obra filosófica de Zubiri —la autenticidad, la integridad y la precisión—, se trata ahora de saber cuáles son en esa obra, considerada como compleja unidad sistemática, sus notas esenciales o constitutivas.

Dos veo yo en primer término: la actualidad (su modo de ser actual) y la fundamentalidad (su modo de buscar fundamento y de atenerse a él).

La actualidad de la obra filosófica de Zubiri no consiste, por supuesto, en un mero «estar al día». Tan no consiste en ello, que algunos filosofantes —aquellos para los cuales la actualidad del pensamiento filosófico sólo se halla hoy integrada por el análisis lógico, el marxismo, el estructuralismo, la crítica, cierto existencialismo más o menos freudiano y el no va más de «la muerte de la filosofía»— seguramente afirmarán que el pensamiento filosófico de Zubiri no es actual, no se halla entre las novedades más *up-to-the-minute* del mercado intelectual. No es ésta la actualidad de que hablo ahora, aunque tampoco quiera excluirla, porque también en este sentido es actual, es de nuestro tiempo el sistema filosófico zubiriano. La esencial actualidad de esta filosofía, su actuosidad, diría tal vez el propio Zubiri, le viene de ser «hoy» y «en acto» la forma personal y zubiriana de una tradición que arranca en Anaximandro, Heráclito y Parménides, pasa por Platón y Aristóteles, y luego por la especulación de los filósofos cristianos, continúa con el pensamiento de los filósofos modernos, cristianos o no, y —pese a los aparatosos catastrofismos de la muerte de la filosofía— va a proseguir mientras el hombre como tal hombre siga existiendo; le viene, si se me permite decirlo así, de ser la simultánea actualización de un pasado que aún no ha muerto y un porvenir que aún no vive; le viene, en suma, de dar forma actual a lo que, a través de tantas limitaciones, tantos aciertos, tantos errores y tantas desmesuras, bien podemos llamar la perennidad de la filosofía.

Ha escrito el fino y grave Paul Ricoeur que el filósofo ejercita su propio pensamiento diciéndose tácitamente, o acaso inconscientemente: «Yo espero ser en la verdad»; y que el auténtico historiador de la filosofía añade luego, desde el fondo donde la palabra nace: «Yo espero que todos los grandes filósofos son y están en la misma verdad, y que tienen la misma comprensión preontológica de su relación con el ser. Pienso, en consecuencia, que la función de esta esperanza consiste en mantener el diálogo siempre abierto e introducir una intención fraterna en los más ásperos debates. La historia sigue y seguirá siendo polémica, pero queda como iluminada por ese *éskhaton* que la unifica y eterniza.» Sea cualquiera su modo de entender tal *éskhaton*, e incluso su modo de cerrar los ojos ante él, todo verdadero filósofo ha sido actual en el tiempo de su vida, actualizador ocasional y original de un pasado todavía no muerto y un porvenir no vivo todavía.

Esta constitutiva actualidad del pensamiento filosófico se formaliza como nota esencial suya cuando el autor es consciente, tanto de la personal vocación que le ha movido a construirlo, como de lo que en sí misma es la vocación humana, cuando filosóficamente se la considera. Con palabras del propio Zubiri: cuando el filósofo advierte que la existencia humana posee «carácter misivo», es decir, que la vida del hombre, más que «tener misión», aquella que —bien o mal— cada uno ha de cumplir en su tránsito por el mundo, «es misión», consiste en haber sido enviado a la existencia el viviente por el algo o el alguien que, desde lo más íntimo de sí, desde el fondo mismo de su propia realidad, constantemente le impulsa a vivir. No es otro el fundamento metafísico de la vocación; y la vocación propia del filósofo consiste en una silenciosa llamada interior a realizar esa impulsión dando razón intelectual de la realidad en un momento determinado, en un puntual *kairós* histórico de la perennidad de la filosofía. Interpretando sus conceptos como confidencias, éste, precisamente éste, es el caso de Zubiri. Por eso su actualidad como filósofo es nota esencial de su obra, nota fundante sobre la que fundadamente reposa la autenticidad de su filosofía. Y si a ese filosófico modo de entender la vocación y a ese personal modo de vivirla se añade la cooperación de algunas notas constitucionales de naturaleza psicoorgánica —la altura y la diversidad de sus talentos, la índole de su carácter—, también la integridad de ella y la precisión de su sistema expresivo.

Esto nos conduce derechamente hacia la segunda nota esencial de la obra filosófica zubiriana: la fundamentalidad. Toda obra filosófica genuina tiene, por supuesto, un fundamento, aunque su autor no se haya hecho cuestión de él o no haya querido declararlo. En este sen-

tido, la fundamentalidad es —genéricamente— nota constitutiva de cualquier sistema filosófico. Pero esa condición genérica de toda auténtica filosofía se personaliza en la de Zubiri por algo doblemente peculiar y decisivo: la atribución de un carácter formalmente teologal al fundamento de la que él ha creado y la metódica y rigurosa exploración intelectual de la teologalidad, *sit venia verbo*, en tanto que dimensión esencial de la existencia humana y, por consiguiente, en tanto que nota fundante del sistema filosófico de que él es autor. Para Zubiri, en efecto, la fundamentalidad de la existencia humana se nos hace patente y actual en nuestra religación a lo que nos hace existir, a «lo que hace que haya». De este modo se hace zubiriana la genérica fundamentalidad de su filosofía, y así esa fundamentalidad se personaliza en él y se hace nota fundante de la autenticidad, de la integridad y —en cierto modo— de la precisión de su obra filosófica. *Ut infima per media ad summa reducantur* era la fórmula del Pseudo-Areopagita para expresar la función del hombre en la economía de la creación. «La creación entera —había dicho San Pablo— abriga una esperanza: verse liberada de la esclavitud a la decadencia para alcanzar la libertad y la gloria de los hijos de Dios» (*Rom 8,21*). Haber cumplido, estar cumpliendo esas consignas en los decenios centrales y finales del siglo XX, y haber dado, estar dando forma y contenido a ese cumplimiento a través de la ciencia, la historia y la metafísica, tal es, creo yo, la clave de la obra filosófica cuyas notas constitucionales y constitutivas he tenido la osadía de nombrar y descubrir. Por eso —más de una vez lo he dicho— la obra de Zubiri debe ser entendida como un poderoso, riguroso, espléndido esfuerzo hacia la salvación intelectual de la realidad a través de la historia, la ciencia y la metafísica.

Así veo yo la peculiaridad que dentro de la general historia del pensamiento filosófico y de la particular historia del pensamiento hispánico tiene la obra del insigne vasco Xavier Zubiri. Porque, más allá de cualquier patetismo, medularmente hispánica es su obra; no sólo porque expresa o tácitamente asume una tradición, la nuestra, y ha hecho suyos logros patentes y secretas posibilidades de nuestro común idioma, también porque, con su sola existencia, está postulando una España en la que la luz y la melancolía sigan dando de sí elevados conceptos metafísicos. Ojalá el acto de hoy, con el cual la también vasca Universidad de Deusto le honra y se honra, sea momento decisivo para que esa exigencia tenga entre todos nosotros amplia y cabal respuesta.

PEDRO LAÍN ENTRALGO